

JAVIER ALANDES



EL REY DE
BRONCE

CONTRALUZ

JAVIER
ALANDES
El rey de bronce

Primera edición: mayo de 2025

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Javier Alandes García, 2025

Autor representado por la Agencia Literaria Editabundo, S. L.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-19822-68-0

Depósito legal: M. 4990-2025

Printed in Spain

*A los que vivimos a través de los libros las aventuras
que habríamos querido vivir en nuestras vidas*

Prólogo

El 17 de mayo de 1945, una vez que hubo caído el III Reich, un destacamento del Ejército aliado, comandado por una unidad de infantería estadounidense, entraba en las minas de sal de Altaussee, en Austria. Querían inspeccionar el interior, porque los lugareños les contaron que allí no dejaban de entrar y salir camiones del Ejército alemán, pero para ello antes tuvieron que demoler los muros con los que se había sellado la entrada a dichas minas.

Lo que encontraron les resultó increíble.

Allí se almacenaban más de seis mil obras de arte, expoliadas en países ocupados o robadas a judíos. Ocultas bajo tierra, en la más completa oscuridad y rodeadas de polvo y puntales de madera, se encontraban las colecciones personales de los más destacados miembros del partido nazi. Incluyendo, además, las piezas que, robadas a través de la violencia y el miedo, estaban destinadas a formar parte del futuro Museo del Führer en Linz, uno de los proyectos del dictador.

En aquel tesoro se encontraban obras como la *Madonna de Brujas*, de Miguel Ángel, el *Retablo de Gante*, de Jan van Eyck, cientos de esculturas de bronce y mármol, colecciones de monedas, códices incunables y un Vermeer: *El Cristo y la adúltera*.

Esa fue la pieza que más llamó la atención de los expertos que analizaron el hallazgo en la mina de sal. La producción de Johannes Vermeer, autor de *La joven de la perla* o *La lechera*, fue escasa, apenas treinta cuadros. El pintor neerlandés había fallecido en 1675 con cuarenta y tres años, y su obra era patrimonio nacional de los Países Bajos.

La documentación encontrada reveló que el Vermeer era propiedad de Hermann Göring, mariscal del Reich y una de las manos derechas de Hitler, y entre esa documentación se encontraba una factura: Göring le compró *El Cristo y la adúltera* a Alois Miedl, un banquero y marchante de arte alemán.

El Ejército aliado creó un equipo para devolver todas esas obras de arte a sus países, y decidieron que la historia del Vermeer merecía escuchar lo que Alois Miedl tuviera que contar. El banquero, amenazado por los cargos de expolio y comercio ilegal, acabó confesando; le había comprado el cuadro a Han van Meegeren, un pintor y retratista holandés que, por lo que parecía, también se dedicaba a las labores de comerciante de arte. Miedl mostró los documentos que atestiguaban que su compra del Vermeer había sido lícita.

Por tal motivo, Han van Meegeren, de cincuenta y cinco años de edad, fue detenido y acusado de los cargos de tráfico de patrimonio nacional, ya que el Gobierno de los Países Bajos prohibía que una obra de Vermeer pudiera salir del país, a lo que había que sumar la posible colaboración de ese aspirante a pintor con el régimen nazi. El alto tren de vida de Van Meegeren, la cantidad de casas y villas que poseía en varios países de Europa y el gran número de obras de arte que estaban en su poder hacía ver que la venta del Vermeer al banquero alemán debía de haber sido muy lucrativa.

Además, los expertos en Vermeer, al estudiar *El Cristo y la adúltera*, se sorprendieron al comprobar que era un cuadro desconocido

del maestro neerlandés, una obra inédita de temática religiosa en la que se podía apreciar a la perfección su incomparable estilo. En un pintor que había tenido una producción tan pequeña, el hallazgo de una obra desconocida hasta entonces supuso una revolución en el mundo del arte. Así que, ante la pena de muerte que solicitaba el fiscal por los cargos de los que era acusado, Han van Meegeren reveló la verdad: el cuadro no era un Vermeer auténtico, y confesó que lo había pintado él mismo. Era un falso original.

Había estudiado las obras del pintor flamenco al detalle; la pincelada, los trazos, su paleta de colores y las temáticas que solía utilizar, y había elaborado los pigmentos con los mismos materiales que Vermeer utilizó en el siglo XVII. Incluso había fabricado sus propios pinceles para dar una completa verosimilitud al cuadro.

Nadie le creyó. En primer lugar, porque Van Meegeren no era considerado un pintor tan talentoso, y en segundo lugar, porque *El Cristo y la adúltera* había pasado la prueba del alcohol, que había determinado que era una obra auténtica.

Desde su encierro a la espera de juicio, Van Meegeren pidió a sus captores un lienzo, y entregó una lista de materiales que debían traerle de su casa. Ante los ojos de su abogado y varios testigos, pintó una obra a lo largo de seis semanas. La creación de la pintura requería el talento como artista de Van Meegeren, y el engaño necesitaba de la técnica que había conseguido depurar con el tiempo.

Una vez pintado el cuadro, lo introdujo en un horno a doscientos grados centígrados. Cuando la pintura estuvo seca, enrolló el lienzo y le hizo múltiples dobleces para que aparecieran craqueladuras. Frotó el cuadro con polvo y suciedad, para que se introdujera en las grietas. Y lo sumergió en una solución de tinta china, que el óleo repelía, pero que quedaba incrustada en dichas grietas. Lo que no hizo fue aplicarle al

lienzo la baquelita y el albertol que permitían que el cuadro pasara la prueba del alcohol para demostrar su autenticidad.

En esta ocasión, Han van Meegeren había pintado un cuadro al que puso el nombre de *Jesús entre los doctores*. Cuando la obra fue presentada en el juicio, con la sala abarrotada de público por la expectación que había levantado el caso, la corte ordenó a una comisión de conservadores, profesores y doctores en arte traídos desde Bélgica e Inglaterra que verificasen si se trataba de un Vermeer. Tras estudiarlo, decretaron con asombro que, sin duda, aquella era otra obra inédita del maestro neerlandés del siglo XVII que jamás había sido catalogada. En apenas unos meses habían aparecido dos nuevos cuadros de Johannes Vermeer, algo inaudito.

El abogado defensor tomó un algodón y una pequeña botella de alcohol y frotó sobre la firma de Vermeer. La pintura del cuadro se corrió, dejando a la vista la firma del propio Han van Meegeren, quien fue absuelto de inmediato de todos los cargos, ante el alboroto y los aplausos de las personas que no habían querido perderse cómo terminaba el mediático caso que había paralizado el país. En aquel juzgado, ese pintor desconocido pasó de ser un colaborador de los nazis a convertirse en un héroe que había conseguido engañarles.

La magia de Van Meegeren no era que copiara cuadros ya conocidos de Vermeer, sino que creaba nuevas obras del gran maestro del arte barroco.

Allá por 1960 esta era la historia que Giovanni Santamarta, profesor de pintura y un enamorado del arte del Barroco, le contaba a Francesco y Pietra, sus pequeños mellizos, las noches que a estos les costaba conciliar el sueño en su viejo y húmedo piso de Roma junto al río Tíber.

Esta era la historia que hizo que Francesco Santamarta comenzara a amar el arte.

Y a falsificarlo.

Cuando consigas el dinero, es posible que dudes. Quizá sientas que no vale la pena, que el riesgo no compensa. Será normal.

Si decides no llevarlo a cabo, no te atormentes; vive tu vida. Nadie te juzgará por ello.

Si decides seguir adelante, es posible que pierdas el dinero. E incluso esa vida que podrías haber vivido.

Tienes que decidir si asumes el riesgo.

Y, si lo haces, solo hay dos posibilidades: el Infierno más lúgubre o el Cielo más luminoso.

Pero si sigues el plan, te aseguro que estarás más cerca del Cielo que del Infierno.

1. Valencia, abril de 2022

Hay momentos que marcan una vida, que son puntos de inflexión entre lo que es y lo que pudo ser. Un delicado equilibrio que habita en cada una de las decisiones que tomamos, sin que ni siquiera seamos conscientes de ello. Solo ese juez que es el tiempo determina si en ese punto de inflexión acertamos o erramos. Y cuando dicta sentencia, si es para mal, ya suele ser demasiado tarde; asumimos las consecuencias y seguimos adelante. O esas consecuencias se nos tragan hasta hacernos desaparecer.

Luca Santamarta, a sus treinta y cinco años, sabe perfectamente que se encuentra ante uno de esos puntos de inflexión. De los que marcan una vida. De un lado de la mesa de cristal, la parte compradora: Ana Cobo, CEO de Integrative Systems, y el hastiado responsable del departamento jurídico de su empresa. Y del otro, Luca, joven vendedor de su innovadora solución informática, con Natalia Echevarría, su todavía más joven abogada.

—¿Le vas a dar muchas más vueltas al contrato? —pregunta, seco, el veterano abogado a Natalia, que lo lee una y otra vez y toma notas en un folio aparte.

—Le va a dar las que sean necesarias —responde Luca por ella en un tono amenazante, estirándose despacio la chaqueta

del traje gris y clavando sus entornados ojos verdes en el abogado.

—Hay que joderse con las novatas —protesta el hombre, que hace rato que se ha quitado la americana. La presión va en aumento, aunque Natalia, mientras se recoloca las gafas cuadradas de pasta negra demasiado grandes para su cara, parece que ni siquiera le escucha.

—Anda, cállate... —La voz de Ana Cobo, también seca, ordena a su abogado que se calme—. La chica solo hace su trabajo.

Luca Santamarta sabe que la vida de Ana Cobo no debe de ser fácil: coordinar a más de dos mil personas, tener un aspecto impecable a sus cincuenta y dos o cincuenta y tres años, y mantener a raya a tipos engreídos y con efecto Dunning-Kruger, como el abogado que se ha traído para cerrar esta operación, que es clave para el devenir de su empresa.

Esas cuatro personas están reunidas en uno de los salones de la primera planta del hotel Valencia Palace. Ana ha ofrecido las modernas instalaciones de su compañía en el parque tecnológico; pero Luca ha preferido jugar en terreno neutral.

Y allí se encuentran esa mañana de abril de 2022, en la que la luz del sol juega con reflejos en las paredes del salón Alameda del hotel, reunidos para cerrar un trato que va a cambiar sus vidas. Sobre todo, la del propio Luca, y de una manera que no pueden siquiera acercarse a imaginar las otras tres personas que están allí con él.

Todo había nacido a partir de un problema que se había encontrado Luca años atrás, cuando era ejecutivo de cuentas en una agencia de marketing digital. Ante la necesidad de guardar su información personal en la nube, pero no querer pagar por ello, se había abierto cuentas gratuitas —y, por tanto, muy limitadas en espacio— en multitud de servicios

cloud: Dropbox, Drive, OneDrive o el que le ofrecía la compañía de telecomunicaciones de su teléfono móvil, entre otros. Cada uno de ellos con su correspondiente nombre de usuario y contraseña, y cada uno con su interfaz.

Trató de mantener un orden para saber en qué lugar guardaba cada documento, pero hubo un momento en que le fue imposible. Cada una de esas nubes era un cajón de sastre en el que cada vez se le hacía más difícil encontrar la información que necesitaba. Sin darse cuenta, había ido creando duplicados y distintas versiones de sus archivos que le llevaron a sufrir más de una pérdida irreparable. Preguntó a sus compañeros, y a casi todos les pasaba lo mismo: la propia solución para guardar información se convertía en un gran problema.

Luca estuvo dándole vueltas al asunto, tratando de averiguar cuál sería el modo más adecuado de resolver aquello. Sí, podía ser un estricto sistema de disciplina personal y cuidada organización a la hora de guardar archivos, clasificándolos con algún criterio determinado en las distintas nubes, pero, en términos generales, la gente iba a seguir teniendo el mismo problema.

Hasta que una noche de verano de 2020, recién despedido de la agencia, y tomando a oscuras una cerveza en la azotea del edificio de la avenida Tres Forques en el que vivía su madre, se le ocurrió una idea que podía valer la pena estudiar: ¿y si existiera una aplicación web en la que la gente pudiera *loguearse* con todas sus nubes y manejarlas desde un único interfaz, desde la que los usuarios pudieran mover documentos de una nube a otra, hacer búsquedas para encontrar archivos duplicados y hallar la versión más reciente? Y, además, controlar el espacio que le quedara en cada uno de sus servicios *cloud*, con independencia de que fueran gratuitos o de pago.

Convenció a cuatro programadores para que, a cambio de una participación en los posibles beneficios, se encargaran de dar forma a su proyecto, y él se puso como tarea la de rentabilizar económicamente esa idea que había nacido con una cerveza en la mano. Ana Cobo le vio potencial a la iniciativa desde que Luca se la presentó; en Integrative Systems estaban buscando aplicaciones y herramientas para incrementar la fidelidad de sus clientes. Ya existían productos similares en el mercado, pero ella quería el suyo propio para no depender de otra compañía, así que le pidió que le mantuviera al tanto; y con *mantenerla al tanto* se refería a reunirse periódicamente para ser informada de los progresos.

Cuando dos años después Luca pudo hacerle a Ana Cobo una demostración de su herramienta integradora de nubes informáticas, la maquinaria se puso en marcha. Ana quería ese servicio en exclusiva para Integrative Systems, y tenía ante ella el producto que llevaba años buscando y con el que poder vender suscripciones que tuvieran un coste muy pequeño para los usuarios. Ingresos recurrentes y escalabilidad ilimitada. Y Luca supo que necesitaba asistencia jurídica para atar todo aquello; pero a sus treinta y cinco años ya había aprendido a no fiarse de nadie. No quería que le representara un gran despacho de abogados —que era lo que cualquiera hubiese preferido— y se decantó por alguien a quien manejar y que le prometiera dedicación exclusiva en todo aquel proceso. Tenía claro lo que quería, y solo necesitaba a la persona que le diera forma legal. Natalia Echevarría, licenciada en Derecho, era hermana de uno de los programadores con los que había trabajado en el proyecto: veintiocho años, el mejor expediente de su promoción y había hecho prácticas en el departamento de fusiones y adquisiciones de una gran consultora en Londres.

—Punto primero —Natalia, por fin, levanta la cabeza del contrato, mira a través de los cristales de esas gafas cuadradas de pasta negra que parecen no estar hechas para ella y rompe el silencio que se ha instalado en la sala, sabiendo que los otros tres esperan lo que ella tenga que decir—: un único pago a la firma.

—¿Pero cómo os vamos a pagar ocho millones de euros en...? —El enfado con sonrisa de suficiencia del abogado de Integrative Systems se detiene al sentir el brazo de Ana Cobo sobre el suyo.

—Ya sabes que no es lo habitual, Luca. —La CEO se queda mirando al joven emprendedor tecnológico.

—Y tú sabes que esta aplicación que hemos desarrollado tampoco es habitual —dice él con calma, sin despegar la espalda del respaldo de la silla, refrendando la posición de su abogada.

Ana mira a su asistente jurídico y asiente. Este se pone a teclear en su portátil. Uno a cero.

—Punto segundo —continúa Natalia—: la compra se tiene que articular por adquisición de la totalidad de las acciones de la sociedad.

—¡Así no se hacen las cosas! —explota el abogado—. Para eso tendríamos que haber hecho una *due diligence*, comprobaciones en el Registro Mercantil y en la Agencia Tributaria, auditorías... —El tipo se sube por las paredes.

—Ana... —Luca sigue impasible—, la sociedad no tiene nada, excepto las líneas de código que vas a comprar. No hay deudas, no hay alquileres... —Abre las manos, en un gesto que indica que no oculta ninguna carta—. Por no tener, no tiene siquiera un número de teléfono a su nombre.

—¿Y tus programadores? —Ana Cobo levanta una ceja.

—No están contratados. —Luca se echa el cabello hacia atrás con la mano—. Tienen una pequeña participación, que

yo me encargaré de liquidarles. Natalia me aconseja desahacerme de la sociedad si ya no va a tener actividad.

Ana asiente de nuevo a su abogado, quien se afloja un poco la corbata en señal de hartazgo antes de volver a teclear para corregir el contrato. Dos a cero.

—Y punto tercero... —La joven abogada señala con su bolígrafo una de las líneas que ha escrito en su cuaderno.

—¿No te estás pasando un poco, bonita? —El abogado yergue la espalda sobre la silla y apoya los brazos sobre la mesa de cristal.

Luca mira a Ana Cobo y hace un ligero movimiento con sus cejas. Esta cierra los ojos y respira hondo durante unos segundos.

—¡Aurelio, por favor! —Ana Cobo reprende las formas de su abogado—. A ver... —mira con cansancio a la joven abogada—, ¿cuál es el punto tercero?

—Luca Santamarta tiene que figurar en los créditos como creador de la herramienta.

El propio Luca se sorprende; eso no estaba hablado. Un exceso de iniciativa por parte de su abogada, que se ha saltado el plan previsto.

—¿Cuál es el motivo? —La CEO endurece el gesto.

—El futuro trabajo de mi cliente puede depender de que en su currículum figure como creador de un programa como este.

—No. —Ana Cobo es tajante—. Todo el mundo en este sector ya sabe que Luca es el cerebro de la aplicación. Denegado.

Natalia mira a Luca y esta vez es él quien asiente. Dos a uno.

—¿Firmamos? —propone el abogado de Integrative Systems.

—Imprime, anda —ordena Ana, quien advierte una mezcla de satisfacción y contrariedad en Natalia. Ha estado a punto de hacer un pleno: esa chica tiene futuro.

—Todavía no —interrumpe Luca, y los tres se le quedan mirando—. Tengo un punto más —y deja una pequeña pausa para que la parte contraria procese sus palabras—: el precio de venta.

Silencio. Ana se da cuenta de que la joven abogada tampoco sabe nada de aquello, y vuelve a poner una mano sobre el brazo de su asistente jurídico, anticipándose a su más que probable reacción.

—Las cosas no se hacen así, Luca —niega la CEO con la cabeza—. Eso estaba más que hablado.

Luca Santamarta, sin prisa, toma un folio de la mesa, saca un bolígrafo plateado del bolsillo interior de su americana y escribe sobre él. Lo dobla y se lo acerca a la parte compradora.

—¿Diez millones de euros?! —Ana no puede evitar esta vez la furia de Aurelio—. ¿Tú quién cojones te has creído que eres para pedir dos millones más el día de la firma?

Luca, con calma, levanta los hombros. *Es lo que hay.*

Ana Cobo se toma unos segundos para respirar. Observa a la joven abogada, cuyas horribles gafas no hacen justicia a lo guapa que es. A continuación toma su bolso, del que saca una pitillera y un encendedor, se levanta de la silla y señala a Luca —*tú, conmigo*— mientras sus pasos se dirigen a la cristalera que da acceso a la terraza del salón.

—¿Cómo estás? —dice, ya lejos de los oídos de los abogados, mientras se enciende un cigarrillo y le pasa la pitillera a Luca sin quitarle el ojo de encima. Siempre le ha desconcertado: un tipo elegante y atractivo, en la treintena, alejado del arquetipo de genio informático.

—Estoy bien, Ana. —Luca se arregla el cuello de la camisa blanca y se estira de nuevo la chaqueta antes de tomar la pitillera. Se fija en que están grabadas en ella las iniciales de su propietaria.

—Con todos los respetos... —ella exhala el humo mirando hacia la calle—, es imposible que estés bien. Tan solo hace dos meses.

Luca saca un cigarrillo y coge el encendedor que Ana ha dejado sobre la barandilla. Los árboles de la Alameda parecen amortiguar el sonido del tráfico, que es intenso a esa hora cercana al mediodía. Varios vehículos comienzan a hacer sonar el claxon, volcando su impaciencia en un conductor que no ha arrancado una vez que el semáforo se ha puesto en verde.

—¿Estás insinuando que el suicidio de mi madre me afecta en este asunto? —Luca, lanzando el humo, habla con la familiaridad que ha alcanzado en los últimos meses con aquella ejecutiva.

—Eres joven, has sufrido un duro golpe. —Ella aplasta la brasa del cigarrillo en la barandilla de la terraza—. Sería comprensible.

—No me conoces.

—Entonces... —toma aire—, ¿por qué cojones me sales con este tema precisamente hoy? —Y esta vez, Ana, con ira, clava en él esa mirada de hielo que Luca ha visto en otras ocasiones.

Él, sin alarmarse por el ataque, lanza su cigarrillo al suelo y lo pisa con la suela del zapato. Mete la mano en el bolsillo interior de la americana, saca el móvil y, tras teclear durante unos segundos, le muestra a Ana la pantalla.

★ ★ ★

—Rectifica el contrato —ordena ella a su abogado cuando ambos vuelven a entrar a la sala—. Diez millones de euros.

—Joder, Ana... —Aurelio lanza su bolígrafo contra la mesa y se pasa las dos manos por el cabello—. ¿Estás segura?

—¡¿No me has oído?!

—Luca, ¿me puedes decir qué coño ha pasado ahí arriba?

—Ya en la calle, Natalia, con la chaqueta del traje en el brazo y sujetando su maletín con la otra mano, contiene el volumen de su voz para que las personas con las que se cruzan no puedan escucharla.

Mientras pasan frente al Palau de la Música, ella todavía tiene en la cabeza lo que acaba de vivir. Y Luca, por el lenguaje no verbal de la joven abogada, sabe que está cargada de ira por haberle ocultado información. Por mucho que contenga la voz.

—Has estado muy bien, Natalia. Gracias... —Con las manos en los bolsillos, y dejando que la brisa de abril juegue con el cuello de su camisa y el faldón de su americana gris claro, Luca le sonríe evitando su pregunta—. Por favor, súmame un quince por cien a tu factura.

—¡Teníamos un plan, estaba todo bien claro! —Deja de contenerse y pasa por alto ese dinero extra que acaba de ganar—. Y me has ocultado esa última jugada.

Luca saca las manos de los bolsillos y, sin mirarla, hace un gesto con ellas, a mitad de camino entre disculparse y restar importancia a lo ocurrido.

—Y tú has tenido la ocurrencia de que mi nombre apareciese en los créditos de la aplicación. —Esta vez sí la mira—. Exceso de iniciativa; y tampoco formaba parte del plan.

—Pensaba en ti. En tu futuro.

—Natalia —Luca le interrumpe—, no necesito que pienses en mí.

—No me lo puedo creer... —Ella niega con la cabeza, con la mirada perdida, deja el maletín en el suelo y se echa la media melena hacia un lado—. Soy tu abogada. —Y acompaña su frase de un bufido de rabia.

—Eras. —Luca sabe que esa última palabra ha sido hiriente; pero la considera necesaria para dejar claro que hasta ahí llega su vínculo—. Y has hecho un gran trabajo.

Él se detiene en el bordillo de la acera y la observa durante unos segundos mientras se echa el pelo hacia atrás con una mano, hasta que dirige su vista al tráfico.

—Con que *era* tu abogada... Hay que joderse. —A Natalia le ha llegado la puñalada y descarga su frustración a la espalda del traje gris—. Trabajar contigo no ha sido lo que esperaba. Eres demasiado complejo.

—Los negocios son complejos. —Luca levanta el brazo al taxi que ve aproximarse—. Ha sido un placer.

Ella se pone la chaqueta con rabia contenida, por la necesidad de hacer algo para detener la frustración, y él asiente a modo de despedida mientras se sube al coche que se ha parado a su altura.

—Hay que ser imbécil... —susurra Natalia a la nada, subiéndose sus gafas cuadradas de pasta negra al puente de la nariz, sin saber si esas palabras se las dedica a Luca o a ella misma.

Se queda de pie, viendo como el taxi se aleja con ese tipo, delgado, frío y distante, que la ha ninguneado al ocultarle un aspecto clave en la negociación. Pero sabiendo que le ha permitido asistir al órdago más agresivo que ha visto en su todavía corta carrera. En los códigos por los que ella se rige, aunque en esa ocasión le fastidie, le ha parecido algo incluso cercano a lo excitante. Ese tipo delgado, frío y distante se marcha tan normal, con diez millones de euros en el bolsillo. Y, transitando por el enfado en el que está instalada, con ella misma y, sobre todo, con él, cae en la cuenta de que cualquier trabajo que encuentre a partir de ahora va a ser muchísimo más aburrido.

Luca se recuesta en el asiento tras dar la dirección al conductor y se gira para echar un último vistazo a Natalia. Tan joven, tan

decidida, con personalidad y muy profesional. Sus horribles gafas le sacan una leve sonrisa mientras la observa alejarse con el rápido caminar que marca la ira. Un pensamiento se abre paso en su cabeza, pero Luca lo descarta de inmediato porque él sigue la máxima de no comenzar nada que tarde o temprano vaya a doler.

Para el resto del mundo, firmar este contrato habría significado una victoria, quizás un punto final, pero para él solo es la pieza necesaria con la que puede comenzar su reto. El camino que ha elegido.

En los altavoces del taxi suena *Time of the Season*, de The Zombies.

«Empieza el juego», se dice a sí mismo.

★ ★ ★

Ana Cobo y su abogado permanecen sentados en silencio en el salón Alameda del hotel Valencia Palace, aunque hace ya unos minutos que Luca y Natalia han salido con el contrato firmado. Ese chico ha abandonado la sala pesando diez millones de euros más.

—Como vuelvas a discutir una orden mía —esa vez no se molesta en salir a la terraza para encenderse un cigarrillo—, te vas a la puta calle.

—Ana... —el abogado respira para alejar de su mente la imagen de ese abismo—, lo que ha ocurrido aquí no ha sido normal.

—Tenía otra oferta.

—¿Cómo?

—Luca Santamarta tenía otra oferta.

—¿De quién?

—Media Corp. —Expulsa el humo, que flota durante unos instantes en la sala—. Doce millones. Aún tenemos que darle las gracias por habernos perdonado dos.

ALGUNOS DESAFÍOS SOLO ESTÁN AL ALCANCE DE UNA MENTE PRIVILEGIADA

Luca Santamarta, un joven emprendedor tecnológico, conseguirá traspasar su empresa por diez millones de euros para poner en marcha el plan que lleva años urdiendo: vender un legendario busto de bronce de Alejandro Magno, datado en el siglo IV a.C., al tercer mayor museo de Estados Unidos.

El mayor problema es que ese busto ni siquiera existe. Y para conseguir tal artificio, tendrá que reunir a un equipo con múltiples habilidades que deberá ejecutar un complejo entramado alrededor del mundo que incluirá fabricar esa pieza de bronce, conseguir que supere los más sofisticados sistemas de autenticidad y venderla por una desorbitada cantidad al American Museum of Classical Arts de Chicago.

Sin embargo, la sospecha de la existencia de ese mítico busto lo convertirá en objeto de deseo de poderosos coleccionistas, sicarios internacionales e incluso la policía de varios países de Europa. Pero ¿por qué Luca Santamarta ha decidido arriesgar todo su dinero, su vida y la de las personas que más quiere para crear un engaño único en la historia del arte?

UN PLAN PERFECTO.
UNA OBRA DE ARTE QUE NO EXISTE.
UNA AVENTURA TREPIDANTE
DONDE NADA RESULTARÁ
SER LO QUE PARECE.

CONTRALUZ

www.contraluzeditorial.es

